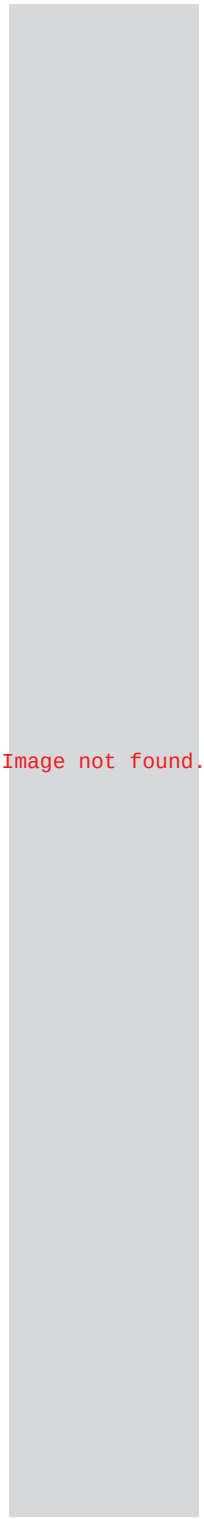
Hay algo en el bosque (extracto de una novela)

E. Murdock Blair



Capítulo 1

Hay algo en el bosque

Noah maldijo al viento mientras se abría paso entre la maleza gruesa. Una rama gruesa le arañó las posaderas. Luego miró el claro del bosque. Estaba seguro de que ese lugar le daría una línea óptima de vista para el campo vecino, en el que con frecuencia vio grandes manadas de ciervos. Este iba a ser su año y estaba seguro de ello.

«Este es el año que traigo a casa un trofeo de ciervo» pensó al recordar los acontecimientos del día hasta el momento.

Se había levantado horas antes de que saliese el sol.

-¿Cómo puede hacer tanto frio tan temprano en el año?- se preguntó mientras desayunaba. Empacó un emparedado para el almuerzo, tomó su rifle de caza Remington 30.06, un termo lleno de café y se dirigió hacia la puerta, caminando en silencio para escapar de los posibles regaños de su mujer.

Cargó su equipo en la camioneta y la sacó de su propiedad, dirigiéndose al norte, por la carretera. Después de recorrer algunos kilómetros, giró a la derecha sobre un camino de terracería que se había usado para talar árboles hacía un par de años, un predio que la naturaleza apenas había comenzado a retomar y que se internaba de lleno en el bosque. Había viajado alrededor de medio kilómetro en ese abrupto y desigual camino, con la camioneta botando entre los baches, cuando llegó al lugar deseado. Bajó del vehículo armado y se internó en el bosque.

Había pasado poco más de quinientos metros detrás de una línea de árboles sumamente poblados, cuando deseó haberse puesto una capa adicional de ropa para protegerse contra el aire frío de la mañana. Tiritó un poco, castañeando los dientes. El viento soplaba constante a través de los árboles, haciendo tronar las ramas como huesos secos.

«Oh, bueno» pensó, ajustándose la chaqueta. «Va a ser un buen día de todos modos, sobre todo si traigo a casa una grande». Miró hacia arriba y divisó las copas de los árboles, mientras eran sacudidas por el viento. Diez pasos más adelante una sensación de intranquilidad comenzó a arrastrarse sobre él, como si hubiera pisado una tumba. De repente, tuvo la clara sensación de que estaba siendo observado, pero ¿Por quién? Era poco probable que alguien del pueblo estuviera esa mañana ahí, más porque era domingo y estaba alejado del pueblo por varios kilómetros. Tenía que estar solo, pero si lo estaba, ¿Por qué no podía sacudirse ese

sentimiento misterioso que sentía en la base del cráneo?

Entonces, se dio cuenta de que reinaba un silencio total en el bosque. No podía escuchar aves, ni animalillos, ni siquiera parecía haber insectos. Sólo oía el sonido del viento ululando entre los árboles, veía apenas atisbos de sombras en la oscuridad. Convenciéndose a sí mismo de que no era nada más que un caso de nervios, siguió caminando con firmeza por entre la maleza y los troncos caídos, pisando con fuerza como si quisiera alejar serpientes venenosas de él.

Al entrar en un claro, Noah vio los restos de lo que parecía ser un gran ciervo. No era muy capaz de entender lo que estaba viendo desde la distancia, porque el sol no estaba ni alto ni brillante aún y el bosque todavía estaba envuelto en largas sombras, acompañado de lejanas brumas. Se acercó a ver mejor, y encontró que había estado en lo correcto. Era un ciervo, más bien, lo que quedaba de él. Se le quedó viendo fijamente, mientras una sensación de intranquilidad comenzó a subírsele por la espalda. Sintió náuseas.

Algo sobre esta matanza no parecía correcto. La garganta estaba desgarrada y el estómago abierto en canal, con varios de los órganos internos desaparecidos. La cabeza no era más que una masa oscura y sanguinolenta. La sangre coagulada estaba esparcida por el suelo, manchando la hierba, casi goteando de las hojas de los arbustos, hundiéndose en la tierra, negra por la putrefacción. Era en verdad una cosa muy grotesca de ver, espantosa para él. Definitivamente no era el acto de un oso de ningún tipo y ningún cazador habría hecho un desastre similar.

"¿Qué pudo haber hecho esto?" se preguntó mientras se apretaba la nariz para detener el olor fétido y no devolver el desayuno. Era extraño, pues el animal parecía recién muerto, pero por el olor, se adivinaría que llevaba muerto semanas. La sangre aún despedía ese olor metálico. Se mezclaba con el rocío y goteaba con él. "¿Un cazador que destroza a su presa, pero no la consume...?"

De repente, un miedo que no había experimentado antes comenzó a llegarle en oleadas, "¿Qué es lo que está pasando?" se preguntó, inquieto.

La sensación de que estaba siendo observado se fue haciendo más fuerte a cada minuto y no podía evitar sentirse a corta distancia de una mala situación. Sintió un nudo en la garganta. Poco a poco comenzó a alejarse del animal destrozado, regresando a su camioneta y de vuelta a la seguridad. Entonces se dio cuenta de que la matanza había sido tan brutal, que la sangre goteaba de la corteza de los árboles cercanos.

No llevaba más de seis pasos en su camino de regreso cuando la sangre se heló en sus venas al escuchar un grito gutural e inhumano, que venía de lo profundo del bosque, de una distancia que no podía cuantificar. Se le erizaron los pelos y su corazón comenzó a latir violentamente, como si el rugido proviniera del mismísimo demonio. Y lo que quedaba de su coraje se esfumó. Noah se había criado en la granja toda su vida, y había sido un cazador experimentado casi desde la infancia. Estaba familiarizado con todos los animales de esa zona del país; ningún animal que conociera podría producir tal grito inhumano, ni osos, ni lobos ni ninguna criatura que viviera en lo profundo del bosque canadiense podría producir el grito que había desgarrado el silencio de la mañana y le llenaba de temor diferente a cualquiera que hubiese sentido en su vida.

Su mente se aceleró y se enfrentó a un millón de pensamientos a la vez. "¿Qué debo hacer? ¿Qué podría ser? ¿Debo correr? ¿Voy a morir?" se preguntaba, y su mente no daba cabida para respuestas. Su sentido de supervivencia daba patadas a toda marcha y Noah decidió continuar con su plan previamente ideado de ir a la camioneta y salir de allí corriendo cómo si fuera un soldado nazi cercado por los aliados.

Poco a poco y con cautela (no había aún por qué correr), se abrió camino hacia la salvación percibida de su vehículo, rezando en cada paso que daba. Con trescientos metros que le separa de su única vía de escape, Noah escuchó una rama partirse en el suelo, cerca de él. Unos segundos después identificó el movimiento de la maleza y el crujir de las hojas secas. Podía oír pasos pesados caer a su izquierda. Las ramillas crujiendo y el viento ululando en las copas de los árboles creaban una sinfonía de opresión espantosa, como si el bosque se congregara para hacerle sufrir. La sangre comenzó a palpitarle en las sienes, con un ritmo irregular y tenso.

Convocando cada onza de coraje que se mantenía dentro de él, se obligó a mirar en esa dirección, apenas un segundo, sobre el hombro, con el rabillo del ojo. Y fue entonces cuando vio la silueta oscura que lo seguía por el bosque sombrío.

Acelerando el paso, redobló sus esfuerzos para alcanzar la camioneta y llegar a su teléfono y llamar al Sheriff Sexton o cualquier persona que quisiera escucharlo. No sabía qué era lo que lo estaba acechando, pero podía ver y sentir con claridad, que estaba a menos de 7 metros de distancia de él, y que era enorme. Y se aproximaba a él, quebrando la maleza y raspando la corteza de los árboles con su piel, como una maldita sombra gigantesca.

Noah no podía dejar de pensar que estaba a punto de convertirse en una estadística nacional; una persona más que salió de su casa en circunstancias normales y simplemente desapareció sin dejar rastro. "¿Cuántas personas van al bosque y sólo se desvanecen y las autoridades

simplemente asumen que se han perdido o herido o han sido víctimas de ataques de animales, con sus cuerpos nunca recuperados?" se preguntó «Por favor, Dios, no dejes que me pase a mí».

75 metros de distancia se convirtieron en 50 y 50 se convirtieron en 30 y 30 en 10. Sentía un milagro el estar de vuelta en su camioneta. Abrió la puerta, lanzó el rifle dentro, se izó en la cabina, encendió el motor y pisó el acelerador, pero la camioneta no llegó a ninguna parte. Se dio cuenta de su estupidez, pues había aparcado en un gran charco de barro, y los neumáticos giraban lanzando lodo hacia atrás.

"¡Oh, no, no ahora!" pensó, frenético "¡No puedo estar pegado, no ahora". Dio un puñetazo a la consola y apretó con fuerza el volante. El claxon sonó como un aullido vago, que le puso los pelos de punta. Luego, intentó permitirse un momento para pensar, serenarse a pesar del miedo que tenía. Recordó que su camioneta era de tracción en las cuatro ruedas, de manera que no era posible que pudiera estar atascada, al menos no con facilidad. Rápidamente, cambió a tracción a las cuatro ruedas y se preparó para golpear el acelerador y dejar esa pesadilla atrás.

Por desgracia para Noah algunas pesadillas no son tan fáciles de dejar atrás y no hay nada peor que una pesadilla de la que no se puede despertar, y él estaba a punto de aprenderlo por las malas. Al oír un crujido a su derecha se volvió por instinto y de inmediato deseó no haberlo hecho. Le tomó tal vez medio segundo volver la cabeza, pero él habría dado cualquier cosa en el universo para tener ese medio segundo atrás, ya que fue el último momento en que su vida y su mundo entero fueron normales. El mundo ya no era un lugar bueno y seguro, donde él no era más que un marido y un padre granjero, que le gustaba cazar y ver el hockey los fines de semana. Esa realidad se había evaporado como la niebla de la mañana y lo único que quedaba era un mundo donde existían monstruos. Y ahora un embajador de ese reino de pesadilla estaba afuera de su la ventana del pasajero, un recordatorio visible de que su mundo se había vuelto al revés.

Noah gritó mientras miraba a ese fugitivo de una película de terror, con las primeras luces grises y muertas de la mañana. En sus más terroríficas pesadillas, no podría haber imaginado que pudiera existir tal cosa. Era horriblemente feo, fácil sobrepasaba los dos metros de altura, su cuerpo era delgado, casi en los huesos, y sus brazos, muy musculosos y desproporcionadamente largos, estaban rematados por largas y filosísimas garras brillantes. Estaba casi completamente cubierto de espeso pelo gris y tenía una dentadura llena de dientes filosísimos. Se veía muy simiesco en apariencia, pero había algo en ese rostro que era diferente, casi como una amalgama obscena de hombre y animal que había salido terriblemente mal. Caminaba sobre dos patas, no en cuatro, no como un lobo. Ni siquiera erguido como un oso, tenía esa postura que da al hombre su caminar, encorvada y grotesca, pero humana... lejanamente humana,

quizá. Fue la cosa más aterradora que había visto en su vida.

¿Qué era esa cosa que había destrozado su percepción de la realidad? ¿Era un demonio? ¿Era un hombre lobo? ¿Era algún tipo de experimento que había salido terriblemente mal? Recordó muchas de las horribles criaturas que pasaban en películas de terror que había visto muchas noches en Fox o AMC. «No puede ser» pensó «No existen esas cosas. Nunca lo han hecho». Tal vez era una especie de rechazado de la isla del Dr. Moreau, pero fuera lo que fuese, lo estaba mirando, y no se veía feliz.

El monstruo amenazante lanzó su enorme cabeza hacia atrás y soltó un chillido agudo y espeluznante que resonó en toda la zona circundante y que Noah sintió que le llegaba hasta la médula. Sin perder tiempo, pisó fuertemente el acelerador, poniendo la camioneta en marcha y yéndose como si estuviera siendo perseguido por los mismísimos perros del infierno.

Aterrado, se preguntó qué iba a hacer. "¿Cómo voy a sentirme seguro en esa granja de nuevo?" pensó "¿Están mi esposa e hijos en peligro? ¿De dónde vino esta cosa?" el torbellino de pensamientos que se arremolinaban en la mente de Noah llegó a su parada inmediata cuando pisó los frenos y casi se sale de la carretera.

En un estado de incredulidad, Noah se quedó mirando el gran árbol que estaba tumbado frente a él y bloqueaba el camino de tierra impidiéndole llegar al asfalto y a la carretera que garantizaba su seguridad. "¿Cómo es esto posible?" pensó "Acabo de llegar por este camino no hace ni treinta minutos y estaba despejado completamente...". Y sin embargo, el árbol estaba frente a él, como si hubiera sido arrastrado desde el otro lado de la carretera por un gigante... o un monstruo. Era dolorosamente obvio para Noah que tenía que conseguir que el árbol se moviera si quería llegar a casa.

-¿Qué voy a hacer ahora?- se dijo para sí mismo, en voz baja, casi audible. Su mente estaba saturada de miedo y pánico. Pensó en empujar el tronco con la camioneta, pero era impensable que su auto pudiera moverlo. Tampoco podía rodearlo, pues a los lados del tronco había árboles muy gruesos y cerrados, su Jeep no podría pasar por ahí. Quizá retroceder por el camino y... podría haber otros caminos que condujeran a la carretera. De inmediato descartó la idea. Atrás estaba aquella bestia. Luego, consideró bajar del vehículo y echar a correr por la carretera, hasta el pueblo, hasta su casa. Se metería de nuevo en la cama con su esposa y dormiría de corrido una maldita semana. Incluso abrió la puerta y jaloneó el rifle del asiento del acompañante, pero, se detuvo. Así no podría escapar, ahora estaba jadeando. ¿Qué pasaría cuando la bestia lo alcanzara, en medio del camino? ¿Le dispararía, o trataría de esconderse debajo de un tronco caído? Él no había podido ni siquiera apuntarle. El terror le había paralizado como a una rata a merced del gato. No podía

huir así. Lo matarían. Dio un portazo y se acomodó en el asiento de nuevo.

De repente, recordó que traía su móvil, por lo que podría llamar a la comisaría para pedir ayuda. Rápidamente, lo sacó de su bolso y marcó al 911. Los pocos segundos que tuvo que esperar para que entrara la llamada le parecieron eternos, pero al fin, la voz de María en el auricular se escuchó, contestando al llamado.

-911 ¿Cuál es su emergencia?

-¡María!- gritó -¡Necesito a los bomberos en la carretera, a 5 kilómetros del pueblo, ahora!- no quería explicar nada, sólo gritaba, con ronca y acelerada.

-¿Señor Leonard? ¿Noah?- preguntó María reconociendo la voz -¿Qué sucede? Necesito que me diga que sucede para poder enviar correctamente a quien pueda ayudarlo.

-¡Me está persiguiendo!- sollozó -¡Me persigue y no puedo escapar!- su voz comenzó a adoptar tintes histéricos.

-¿Quién señor Noah? Necesito más detalles para...

Noah no escucho el resto, pues otro rugido desgarrador hizo que se quedara inmóvil. El olor fétido, de podredumbre y corrupción de la carne volvió al instante, como si hubiera estado ahí todo el tiempo.

Del otro lado de la línea María sólo preguntaba alarmada; -¿Señor Noah? ¿Señor Noah?- sin recibir respuesta alguna. Por un momento pensó que la señal se había perdido. Se cayó y trató de ver si podía escuchar algo del otro lado de la línea.

En la camioneta, Noah estaba paralizado por el terror. Sabiendo lo que encontraría, volteó la cabeza a su izquierda lentamente. Y ahí estaba, mirándolo con sus demoniacos ojos y recargando sus filosas garras en el vidrio, arañándolo. Noah pegó un alarido terriblemente fuerte y se hizo hacia atrás, pegándose al vidrio del asiento del acompañante.

El celular cayó al piso ruidosamente, mientras María repetía; ¿Noah? ¡Noah!- prefirió colgar y llamar a los oficiales Sexton y Howlett y a los bomberos para que fueran a prestar su ayuda a Noah, que por el terrible alarido que había proferido parecía estar en grave peligro. A su lado estaba su rifle. Lo tomó del cañón y comenzó a jalarlo hacia sí, pero sólo se quedó abrazándolo, mientras gritaba. El olor a podrido comenzó a aumentar vertiginosamente, mezclado con un aroma a sangre, como si el

sabor metálico de la sangre se hubiera evaporado en el aire.

Noah sostenía la mirada en la bestia, quien se la devolvía con semblante asesino. Los ojos del monstruo le parecieron encendidos en fuego. Su hocico estaba abierto, y la baba escurría por entre los dientes. Noah pensó que salivaba por él. Las garras inmundas arañaron el cristal. La bestia apoyó su nariz deforme en el cristal, y el vapor lo entumió por un segundo. Al cazador le pareció que sonreía.

Noah sabía que iba a morir. Sabía que encontrarían su cadáver, mutilado o hecho pedazos. Con suerte, no lo hallarían, sólo su camioneta, empapada de sangre, como si se hubiera volado la cabeza en el interior. Apretó el rifle con fuerza y por instinto, comenzó a girarlo, mientras cerraba los ojos.

Escuchaba a la criatura respirar por detrás del cristal. Noah se sintió como una langosta vista por un empresario desde fuera de su tanque. Se sintió fatigado y apenas podía respirar.

Cerró los ojos, esperando su inminente final, el momento en que el vidrio reventara y la bestia entrara y comenzara a destrozarlo, hundiendo sus garras en las entrañas y desparramando los intestinos y rompiendo las costillas y mascándole la cara.

Quiso despedirse de su familia, pero ahí se detuvo. El metal del cañón le enfriaba las manos. Algo le dijo que podía tener suerte. En lo más profundo de su ser lo empujó a que no se rindiera, a que siguiera peleando, el instinto de supervivencia comenzó a funcionar a patadas. El miedo se esfumó cómo si nunca hubiera existido. Terminó de girar el rifle. Lo apuntó hacia la bestia. La criatura pareció darse cuenta del peligro y se dispuso a atacar. El vidrió se reventó como si lo hubieran golpeado con un bate. La bestia se lanzó al interior de la Jeep. Noah tuvo tiempo de apuntar vagamente. Juraría haber encontrado una sonrisa en su rostro mientras disparaba.